

En los años sesenta, viviendo en Madrid, hice una excursión con el “600” por algunos lugares donde había estado con la Brigada 17. Todo estaba cambiado. Me preguntaba yo en qué había colaborado. Y no sabía responderme. Porque un soldado no se entera de todo, tiene una visión muy corta y una sola fuente: “radio macuto”. Por eso en los años ochenta, viviendo en Córdoba, compré un libro que editó el Ministerio de Defensa: “La Batalla de Madrid”. Si lo encuentro en Sevilla cuando regrese del veraneo, puedo enviárselo. Algo, no obstante, puedo decirle de mi experiencia.

A través de la Historia, muchos soldados, si no todos, -con excepción de los mercenarios y los entusiastas- habrán pensado: “Ésta no es mi guerra”. Y, en las guerras civiles, donde el azar decide la bandería que te toca, más: en ambas zonas.

Tal vez, de estas líneas, podrá sacar una conclusión: el desconcierto, la indisciplina, la lenidad o crueldad mezcladas, entre otras causas, contribuyeron -en mi opinión, por fortuna- a la derrota, en España, del comunismo, no de la República, que estaba herida de muerte desde 1934 con las sublevaciones en Cataluña y Asturias, entre otras. Estaba programado y publicado por la izquierda revolucionaria desde el 14-04-31: había que destruir la República burguesa e instaurar la dictadura. Lo consiguieron, pero cambiando la dirección. Prescinda, si quiere, de estos comentarios y vamos a los hechos.

## **DESCONCIERTO.**

El camión, en el que venimos los soldados de la Sección de Municionamiento de la 17 Brigada Mixta, para entre los olivares. Hemos partido de Morata de Tajuña hoy 9 de febrero de 1937, a media tarde. Está cerca el crepúsculo. No viene con nosotros ningún mando. Nadie nos da órdenes ni instrucciones. Debe de ser la costumbre. Bajamos del camión y nos salimos de la carretera. Empezamos a oír silbidos de balas. Cada cual se guarece donde puede, generalmente detrás del tronco de un olivo. Cuando cesa el peligro, cinco de

**nosotros buscamos donde pasar la noche. Encontramos una especie de chabola en el campo. Allí hallamos unas judías, aceite sal y algún trebejo de cocina. Uno del grupo hace la comida. Tras la cena, nos echamos a dormir. Al despuntar el día, nos despiertan unos “obuses” que explotan cerca. Abandonamos el refugio nocturno. Siguen cañoneándonos por nuestra derecha, cada vez más cerca, como si quisieran agruparnos a todos los que andamos por allí en algún punto predeterminado. Terminamos por entrar en Titulcia, un pueblo prácticamente destruído y desierto. Reunida la Sección, aparece un sargento que me dice que estoy de cuartel y tengo que quedarme en la casa donde se guardan las municiones. Todos los demás abandonan el pueblo. Estoy solo. Nadie me trae comida. No tengo armamento (no lo tenemos los de Municionamiento). Sólo tengo hambre y dieciocho años. Ignoro, tal vez por fortuna, que, al final del pueblo, tras el río, están “los otros”, los míos. No aparece nadie hasta la noche. Me traen rancho en frío. A media noche, nos despiertan. Vamos todos, Infantería y Municionamiento, andando desde Titulcia hasta Chinchón, Desde allí, en camiones, nos trasladan a otro sector del frente del Jarama. Empiezan a sonarme nombres como Casa Chavarri y La Marañosá. Estamos próximos a Arganda. Sigue el desorden: los de Municionamiento, cuando se nos antoja comer no tenemos más que sacar la navaja y cortar jamón de York de una lata grande. El Teniente me manda llevar dos cajas de cartuchos, pero no especifica Compañía ni Batallón, ni lugar adonde debo ir. Camino asustado por las balas que silban intermitentemente junto a mí. Veo que hay un soldado, fusil en mano, echado al suelo detrás de un olivo. Le pregunto si necesita munición. Dice que sí. Le dejo las cajas y regreso a la base. Mi llegada coincide con el comienzo de un bombardeo de artillería. Veo caer muerto un mulo de intendencia y saltar por los aires una caldera de rancho en la cocina. Minutos después, aumenta el bombardeo y ataque ametrallador desde el aire. Viene una avalancha de soldados corriendo en retirada; nos unimos a ellos. Me toca cargar con una caja de bombas de mano. Dos horas después se estabiliza el frente.**

**Veo (con dolor, pues ésta no es mi guerra) un tanque capturado al enemigo: trae pintada en su parte anterior la bandera roja y gualda.**

**A la mitad de la Sección de Municionamiento nos llevan a descansar a Villaconejos. Nos alojamos en un cine. Pasamos el día jugando a las cartas. Tenemos dinero. Nos pagan 300 pesetas al mes. Me voy de turismo a Aranjuez con otro compañero. Vamos y volvemos andando. Al regresar nos para en la carretera un motorista. Dice que es el subcomisario de la brigada y nos pide el permiso para ausentarnos del cuartel. No tenemos permiso. Nos ordena presentarnos a nuestro capitán y comunicarle en su nombre que nos destine a primera línea de fuego. No cumplimos la orden ni el desobedecer nos trae consecuencias.**

**Mientras estamos en Villaconejos –segunda quincena de febrero de 1937- se han producido durísimos combates en el Jarama. Nuestra brigada ha perdido la mitad de sus hombres. Y así otras brigadas. Las han relevado y están en Morata de Tajuña. Quieren marcharse a descansar a sus casas y hay un conato de insubordinación. Según “radio macuto” el comisario de la división, un comunista italiano, actúa con mano dura: detiene a los oficiales y fusila a los soldados que encuentran fuera de sus acuartelamientos. Algo de eso habrá habido, pues a los que estábamos en Villaconejos nos han traído a reforzar la guardia de la comandancia. Es la única vez que he tenido un fusil en mis manos y, gracias a Dios, no he tenido que usarlo.**

**La 17 Brigada ha sido disuelta y sus fuerzas acumuladas a las de otra que también ha tenido muchas bajas: la P.U.A. (Primera Unidad de Avance), cuyo nombre llevaremos desde ahora. Una noche, en la comandancia, nos recogen el armamento y nos ordenan subir a una furgoneta. Termina el viaje en el kn,16 de la carretera de Valencia (?). Ya en tierra, nadie nos da órdenes o instrucciones. Es noche cerrada y llueve intensamente. Al día siguiente, tampoco recibimos suministro. Nos acercamos a una batería de Internacionales. Nos dan el desayuno. Tienen de todo, hasta mantequilla y cigarrillos rubios. Y un equipo mucho mejor que el nuestro.**

Por fin “nos descubren”. Nos encargan un nuevo trabajo (abrir una trinchera). Cada día, al anochecer, con pico y pala al hombro, caminamos unos kms. hasta donde hemos de picar y sacar tierra hasta que se aproxime el nuevo día, pues hemos de regresar en la oscuridad para no ser vistos por el enemigo. Con la escasez de alimentos y el trabajo de zapa, me siento enfermo y con fiebre. Me apunto a reconocimiento. El médico es el Dr. Payardo. El célebre diabetólogo fallecido en la década de los ochenta. Ordena mi evacuación al hospital de Villarejo de Salvanés. Me llevan en una ambulancia. Es el Jueves Santo de 1937. Un día, visita el hospital un inspector médico. Cuando entra en mi sala veo que va su lado una compañera del curso 1935-1936 en la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid. Ignoro si me ha reconocido. No hemos cruzado palabra. En la misma sala que yo hay un francés de los Internacionales. Nos hemos hecho amigos. Ambos nos encontramos mejor de salud, pero tenemos hambre. Un día nos escapamos del Hospital. Compramos un gallo y patatas. Entramos en una casa y rogamos a la dueña que nos lo guise. Así lo hace. El francés tiene nostalgia de su patria y de su familia. Me enseña fotos de su mujer y de sus hijos. No le pregunto nada ni él me explica por qué ha venido a España. El gallo y las patatas nos han robustecido. La prueba es que, al atardecer, el médico nos da el alta para que al día siguiente salgamos hacia nuestros destinos.

Desde Villarejo de Salvanés, llego a Morata con la intención de reincorporarme al frente, pero tengo una grata sorpresa. Me encuentro con el capitán pagador de la brigada. Lo conocí cuando era el secretario del colegio donde estuve interno. Me pregunta qué hago allí. Se lo explico. Me dice que no me incorpore a municionamiento, que él va a pedirle a mi capitán que autorice mi traslado a la plana mayor del escuadrón. (el escuadrón de caballería de la brigada no tiene caballos. Su único semoviente es un mulo que tira de la tartana que lleva y trae del frente a su capitán: el capitán muere en la batalla de Seseña y se disputarán su pensión dos viudas). A partir de aquí estoy en oficinas. Primero en el escuadrón, luego en el Batallón 67 al integrarse en él sus

efectivos. Más tarde en las secciones primera y cuarta del E.M. de la brigada. En Morata, me encuentro con unos paisanos míos. Están de permiso. Tomamos unas copas y, al atardecer, se reincorporan a su trinchera. Al día siguiente vuelven a Morata: traen el cadáver de uno de los que estuvieron el día anterior tomando copas conmigo. Lo enterramos en el cementerio. También por esta época veo otro entierro. Éste con gran boato. Admiro la marcialidad de las fuerzas internacionales que le rinden honores y la solemnidad de la marcha fúnebre de Chopin que ejecuta una banda militar (creo que el muerto es el General Walter).

De este tiempo también recuerdo dos consejos de guerra.

Por orden del Mando asistimos a uno de ellos los libres de servicio. Juzgan a un capitán y a un sargento. El fiscal –un oficial con cazadora de cuero- los acusa de confraternizar con el enemigo organizando, entre ambas líneas, un partido de fútbol. Pide pena de muerte. Queda en prisión perpetua. Del otro consejo de guerra, guardo un recuerdo más doloroso. Tuve que copiar a máquina la media filiación de un soldado de la Brigada que intentó desertar, pero, perdido en la oscuridad de la noche, entró en el Puesto de Mando de otra unidad a los gritos, según dijeron, de “¡Arriba España!” y “¡Viva Cristo Rey!”. En varias ocasiones, me han despertado de madrugada para dictarme un oficio dirigido a la División comunicando que el Teniente X ha resultado muerto al intentar pasarse al enemigo. Son tenientes recién incorporados a su primer destino, °procedentes de la Escuela Popular de Guerra de Paterna (Valencia). Pienso que se trataba de choques políticos o técnicos con los anteriores mandos de su unidad.

Las oficinas en que trabajé cambiaron de sector, según se movía la brigada. La mayor parte del tiempo estuve en Morata, Arganda, en el campo, próximos a las trincheras y, en una ocasión en Madrid, durante la batalla de Seseña. La brigada se movió por esos puntos principalmnte. Pero también pasó algunos días por Chinchón, Mejorada del Campo, Brunete y, ya en febrero de 1939, en Torrelodones y Hoyo de Manzanares.

**No faltaron casos curiosos. Un día, después de la batalla de Brunete, me encontré con un compañero de colegio que había estado en ella como soldado de transmisiones de la Brigada 18. Me contó que, cuando avanzó el enemigo y retrocedía su Brigada, se quedó pegado al suelo con su teléfono con la intención de desertar- Su sorpresa fue que no le rebasaron y salió citado en la Orden del Día de la Brigada como un héroe. Otra anécdota curiosa: asistíamos en un teatro de Chinchón a la celebración de la toma de Teruel-El teatro estaba lleno de soldados y los discursos de los comisarios eran entusiastas. Al salir, un paisano mío, también de Municionamiento, me informó: Franco ha reconquistado Teruel.**

**A pesar de todo, no me fue absolutamente negativo mi paso por la Brigada 17: aprendí a escribir a máquina (sigo haciéndolo con dos dedos) y conocí muchas personas que tenían fuertes valores humanos y honradez.  
Bernardo Perea Morales.**